

**UNA ETAPA EN LA VIDA DE D. QUIJOTE (II, 20-29).
LA CONSTRUCCIÓN DEL PERSONAJE Y
LA TRADICIÓN DEL VIAJE COMO VÍA SAPIENCIAL**

SOFÍA M. CARRIZO RUEDA

Universidad Católica Argentina

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

RESUMEN

Se ha considerado que los capítulos XXV, XXVI y XXVII de la segunda parte del *Quijote* están surcados por una serie de líneas de fuerza que los integran en una unidad, la cual concentra cuestiones referidas a la organización del relato, a la caracterización de los personajes y a diversas vertientes estéticas. El presente trabajo propone ampliar dicha unidad desde el capítulo XX hasta el XXIX para poder incluir el episodio de las bodas de Camacho y la aventura del barco encantado. Al tomar en consideración todo este grupo de capítulos puede comprobarse que dicha unidad inserta además, una serie de aspectos de la construcción del personaje en la antigua tradición del viaje como fuente sapiencial. Y al respecto, resulta ilustrativo comparar los sucesos de este fragmento de la obra cervantina con aspectos del *Libro de Apolonio*.

Palabras clave: *Quijote* - viaje - vía sapiencial - *Libro de Apolonio* - personajes

ABSTRACT

A Period in the Life of Don Quixote –II, 20-29– and the Tradition of Travel as a Way to Wisdom

It has been considered that chapters XXV, XXVI and XXVII of the second part of the *Quixote* are traversed by a series of lines of force that integrate them as a unity, which comprehends several issues such as narrative organization, description of characters and diverse esthetic tendencies. The present article seeks to enlarge that unity from chapter XX up to chapter XXIX, so that the episode of Camacho's wedding and the adventure of the enchanted ship are also included. By taking into account this whole group of chapters, we will be able to prove that the above mentioned unity also links certain aspects regarding the construction of characters to the tradition of travel as a source of wisdom. It will be revealing to compare the events taking place in this fragment of Cervantes' work with some aspects of the *Libro de Apolonio*.

Key words: *Quijote* - travel - way to wisdom - *Libro de Apolonio* - characters

“El que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho” es un aforismo repetido en varias ocasiones por Cervantes, que aparece formulado por D. Quijote en el episodio del mono adivino (II, XXV), (Rico, 1999:842)¹. Como frecuentemente ocurre en la novela, lo que podría parecer una referencia mencionada al pasar, en cuanto se analiza dentro del contexto en el que se halla y se examinan sus relaciones con otros lugares del espacio narrativo, revela una nutrida serie de potencialidades en cuanto indicio abierto hacia la densidad semántica del texto.

Abordaremos por lo tanto, las particularidades de la compleja red que actúa como continente de dicho aforismo y lo haremos partiendo del análisis de las coordenadas contextuales.

La primera comprobación es que figura en un capítulo, el XXV de la segunda parte, que configura con otros más o menos cercanos, un grupo en el que se han subrayado diferentes aspectos que los relacionan estrechamente entre sí.

Arellano considera que dicho capítulo XXV constituye una introducción a los dos que le siguen, los cuales a su juicio, “plantean [...] aspectos plurales relativos a la misma organización del relato, a la caracterización de los personajes y a las complejas vertientes estéticas del Q.” (1999: 154, volumen complementario)². La relevancia del capítulo siguiente, el XXVI, radica para Arellano en el episodio de Maese Pedro, en el que percibe un “reflejo a escala menor de todo el libro” por representar “las relaciones esenciales entre el relato, el autor, sus criaturas y el público, así como un balanceo entre objetividad y participación y entre dominio del narrador y autonomía de los personajes” (1999: 156, v.c.)³.

En cuanto al capítulo XXVII, Arellano recuerda las polémicas que ha despertado por mostrar al hidalgo huyendo aterrorizado de ballestas y arcabuces tras la aventura del rebusno y manifiesta “quizá la última conclusión [...] es la que aportan constantemente todas las páginas de la novela, esto es la prohibición de simplificar que Cervantes opone y ofrece al lector como rasgo fundamental de su creación artística” (1999: 159, v.c.).

Respecto al capítulo XXVIII, inmediatamente anterior al que nos interesa, Piskunova señala que actúa como vínculo entre dos episodios importantísimos: el de la cueva de Montesinos –cap. XXII– y el de Maese Pedro –cap. XXVI–. Pero que además, introduce aspectos novedosos de la conducta del protagonista, como su paciencia ante los atrevimientos de Sancho y el hecho de que no tome la venta por un castillo. Relaciona estos cambios con la interpretación de Redondo de la aventura de la cueva de Montesinos como rito iniciático (1981), y concluye “podemos apreciar el comportamiento pacífico y discreto de D. Q., no solo como respuesta de C. a Avellaneda sino como el resultado de la experiencia de la cueva” (1999: 153, v.c.). La investigadora subraya la importancia de tal funcionalidad respecto a la evolución del personaje y considera que el XXVIII es “uno de los capítulos

¹ Utilizo en todas las citas esta edición.

² De aquí en adelante, para el “volumen complementario” utilizo la abreviatura “v.c.”.

³ Señala asimismo, la presencia de una nutrida red intertextual que incluye el *Quijote* apócrifo (1999: 155-156, v.c.).

más excepcionales de la segunda parte, especialmente por lo que toca a su composición”⁴.

Como puede apreciarse, los dos estudiosos encuentran distintas razones para identificar una unidad narrativa que abarca capítulos inmediatamente anteriores y posteriores al XXV y Piskunova agrega uno algo más alejado que es el XXII. Ambos críticos atienden principalmente a dos criterios: una condensación de cuestiones medulares relacionadas con la construcción de toda la novela y la aparición de aspectos novedosos que vuelven más complejo el perfil del protagonista.

Coincido básicamente con estos juicios. Pero mi propuesta consiste en ampliar el registro de los elementos analizados, lo cual extiende como consecuencia, los ejes relacionantes de diversos aspectos hasta capítulos más distantes. Y considero que esta dilatación del campo de pertenencia del capítulo XXV aporta nuevos y sugestivos aspectos a las indagaciones sobre la construcción del personaje y sobre la funcionalidad que las peculiaridades de su viaje desempeñan a lo largo de la novela ⁵.

Comenzaremos por el abordaje de ciertas conductas del hidalgo que sorprenden a los receptores.

Una de ellas es su actitud con el dinero. Don Quijote se dispone con presteza a pagar los destrozos que ha causado en el retablo de Maese Pedro, lo cual empareja este capítulo con el XXIX, donde el hidalgo se aviene a resarcir a los pescadores por el barco supuestamente encantado que ha quedado deshecho entre los molinos de agua. Como señala Mancing, la buena voluntad para pagar por lo que rompe es un rasgo propio de la segunda parte que nunca se ve en la primera (1999: 162, v. c.). Pero lo económico también se manifiesta en el capítulo XXVIII, cuando amo y criado hacen cuentas sobre el salario de éste. Don Quijote reconoce con justicia y buena disposición todos los derechos de Sancho, aún el deseo de marcharse sin más. Y si el hidalgo reacciona enfurecido y le echa en cara que esas no eran las relaciones de los caballeros andantes con sus escuderos es por la indignación que finalmente le produce la codicia sin límites de su compañero de aventuras. Hay reconciliación y nada cambiará por el momento, pero evidentemente estamos muy lejos del capítulo III de la primera parte, donde el hidalgo declara al ventero que nunca había leído nada relativo a relación alguna de los caballeros andantes con el dinero (1999: 56).

La cuestión económica es introducida en este bloque de capítulos a través de los consejos que da Don Quijote al recién casado Basilio –Cap.XXII– acerca de que “el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad” y por lo tanto le recomienda que “se dejase de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese a granjear hacienda por medios lícitos e industriosos...” (1999, 809).

⁴ Sostiene que “la falsa impresión que hay que descartar es la de un conjunto incoherente y aún agramatical de fragmentos dispartados [...]” (1999: 152, v. c.).

⁵ El presente trabajo continúa y complementa las propuestas de otro anterior (Carrizo Rueda, 2004-2005).

Las referencias a la “necesidad” reaparecen insólitamente en el capítulo siguiente, el XXIII, pues se instalan en el relato que hace Don Quijote de lo acaecido entre la gente encantada de la cueva de Montesinos. Sostiene que Dulcinea le mandó a pedir un préstamo de seis reales y que a su pregunta acerca de si era posible que los encantados padecieran necesidad, Montesinos le respondió “Créame vuestra merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adondequiera se usa y por todo se estiende y a todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona [...]” (1999, 827). El pedido del préstamo y sobre todo que sea hecho sobre una prenda de ropa interior, un faldellín, ha sido diversamente interpretado por varios autores (1999, 522, v.c.). En líneas generales, como señala Rodríguez Puértolas, es uno de los muchos aspectos demitificadores del episodio (1989: 52). Pero desde el punto de vista de la construcción del personaje resulta significativo a mi juicio, su presencia dentro del relato sobre lo que el hidalgo supuestamente vio y escuchó en el misterioso antro. Producto de un sueño o de su fantasía, lo cierto es que parece revelar una preocupación que se entrecruzaba con las fábulas idealizadas en las profundidades psíquicas del personaje.

Un psicólogo de nuestro tiempo diría “que el sujeto se estaba permitiendo dejarla aflorar” y no me parece extraño que la penetración de Cervantes para captar los casos humanos hubiera reflejado esta heterogénea mezcla de cavilaciones como propia de la etapa de la vida del hidalgo que estamos analizando.

Las referencias a la “necesidad” continúan en el capítulo siguiente, el XXIII, con la introducción del paje, quien en la copla que va cantando y en la conversación reitera que es lo único que lo empuja a la guerra. Hay que subrayar que todo el discurso que le endilga Don Quijote acerca del heroísmo del soldado, no tiene nada que ver con quimeras caballerescas sino con el debate sobre las armas y las letras como alternativas profesionales, y que lo cierra manifestando su satisfacción ante la posibilidad de que el estado pague pensiones a soldados viejos o baldados (1999: 834-835).

En síntesis, el reconocimiento de las funciones ineludibles del dinero dentro de la vida social constituye un eje que recorre distintos carriles de los capítulos XXII, XXIII, XXIII, XXVI, XVIII y XXIX, no solo a través de una serie de discursos del personaje sino también de sus conductas, como avenirse a pagar destrozos o los servicios recibidos del criado.

En otro orden de cosas, hay también en el capítulo XXV un hecho insólito que no han dejado de destacar algunos críticos. Es cuando D. Quijote ayuda al hombre que ha prometido contarle “maravillas”, a ahechar la cebada y a limpiar el pesebre (1999: 836). Arellano considera un tanto abusiva la interpretación tradicional encabezada por Unamuno (1971), referida a la humildad cristiana y a la bondad esencial del hidalgo (1999: 159, v.c.). Pero sin entrar en tal polémica, yo planteo un interrogante que es si acaso Don Quijote está en esos momentos volviendo poco a poco a ser el que fue. Al efecto me pregunto si un hidalgo rural y pobre como él lo había sido, con “un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera” (I,I), (1999: 36), no se habría visto obligado en alguna ocasión a cumplir tales menesteres con su cabalgadura. O por lo menos,

las había presenciado muy frecuentemente como parte de su sencilla y austera existencia.

Puede apreciarse en este primer acercamiento a los capítulos que estamos revisando, la identificación de ciertos ejes configurados por una serie de actitudes del protagonista que parecen acercarse cada vez más, a algo que podemos llamar no solo “la realidad”, de un modo general, sino también sus propias circunstancias.

Pero considero que sobre todo, es necesario detenerse en un aspecto que no ha sido atendido por la crítica y que sin embargo, considero que proporciona elementos de análisis sumamente significativos.

Tenemos que retroceder hasta el capítulo XXI, donde Don Quijote defiende el amor de Basilio y Quiteria y logra que regrese la paz casi quebrada por el engaño del joven para casarse *in articulo mortis*, mientras Camacho deja marchar a quien iba a ser su esposa.

A mi entender este episodio constituye un triunfo cabal e indiscutible de Don Quijote. El único sin duda, aunque luego veremos que no podemos descuidar sus similitudes con otros dos episodios. Pero el caso es que no solo consigue su objetivo y con él todo el afecto de los del bando de Basilio, quienes lo aclaman y agasajan como a un héroe, sino que lo logra principalmente por las que son sus verdaderas armas: un entendimiento agudo y un uso admirable de la palabra ⁶. También se percibe en su actitud valiente un cierto histrionismo ⁷, lo cual no resulta fuera de lugar porque hay que recordar que los efectos conativos de la gestualidad del orador –*actio*– constituía la quinta parte de la retórica clásica. En el caso de nuestro hidalgo creo que se convierte en una buena ocasión para llevar a la práctica aquel entusiasmo por el teatro que había experimentado el joven Alonso (II, XI), (1999: 715), un aspecto que considero relevante en la construcción del personaje (Carrizo Rueda, 2004-2005: 84).

Dentro de las permanentes sorpresas de la novela, no podía faltar la de un auténtico triunfo del protagonista, un hecho que sin embargo no ha sido señalado. Posiblemente, por el enorme peso que tiene en el imaginario de sus receptores la figura romántica del “gran fracasado”.

En cuanto a las mencionadas similitudes con otros episodios, es preciso comenzar por remontarnos al capítulo XIII de la primera parte. Marcela ha demostrado con claras razones que a ningún amante ha dado esperanzas y que desea vivir en libertad, sin embargo varios de los asistentes al entierro de Grisóstomo quieren seguirla. Cuenta el narrador que entonces Don Quijote “puesta la mano en el puño de su espada, en altas e inteligibles voces”, defendió la determinación de la doncella y los pretendientes abandonaron sus propósitos (1999: 156). Se pre-

⁶ “Grandes fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron a D. Quijote, obligados de las muestras que había dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discreción, teniéndole por un Cid en las armas y un Cicerón en la elocuencia” (II, XXII), (1999, 808).

⁷ “[...] a los dos que Dios junta no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza. Y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no lo conocían” (1999: 807).

sentan dos diferencias respecto al episodio de las bodas de Camacho. Una radica en que el narrador duda si los jóvenes desistieron convencidos por la actitud del hidalgo o por la necesidad de concluir con el entierro del amigo. La segunda es que Marcela nunca llegó a enterarse de este valimiento y por lo tanto, no hubo reconocimiento posible. La acción del personaje queda así empalidecida y hasta menoscabada. Sin embargo, si se la compara con la que asume respecto a Basilio y Quiteria puede trazarse un hilo conductor entre los dos episodios. En ambos, Don Quijote pone sus armas y su dominio de la oratoria al servicio de la libertad de elección en lo que toca a los sentimientos amorosos y de un modo u otro, logra su cometido.

Esta comprobación se suma a los juicios citados más arriba de Arellano y Piskunova, que consideran que la unidad integrada por capítulos cercanos al XXV condensan elementos que se presentan a lo largo de toda la novela.

La aventura del rebuzno, en el capítulo XXVII de la segunda parte, es el segundo de los episodios cuyas correspondencias con el de las bodas de Camacho deben a mi juicio, ser examinadas. Ocurre que en este caso, también el hidalgo está a punto de obtener un triunfo por sus argumentos convincentes y por sus dotes oratorias, pero todo se desbarata a causa de la inoportuna intervención de Sancho. La huida de un Don Quijote aterrizado que abandona a su escudero, no podía dejar de ser incesantemente comentada por la crítica y se presta sin lugar a dudas a tal ejercicio hermenéutico. Pero considero que además puede analizársela como inversión de todas aquellas aventuras donde es el caballero el culpable de los fracasos y Sancho el que demuestra un temor que lo lleva nada más que a pensar en su propia salvación. A mi juicio, a pesar de las divergencias, el final de las bodas de Camacho y el de la aventura del rebuzno se encuentran relacionados por la posibilidad que plantean de que D. Quijote pueda obtener un triunfo cuando es él mismo: un hombre dado a reflexionar con agudeza sobre las más diversas situaciones, con muchas otras lecturas diferentes de las de caballerías y condiciones para la oratoria frecuentemente ponderadas por quienes lo oyen y ven disertar.

Hemos entrado así en la órbita de las habilidades y saberes que fue adquiriendo el personaje cuando era Alonso Quijana, Quesada o algo parecido y es preciso averiguar qué actitud tiene en este momento de su vida frente a aquellas huellas de su pasado. Se trata de un eje de suma importancia a mi juicio, para interpretar la unidad conformada por el grupo de capítulos que estamos revisando.

El aforismo que hemos citado al principio guarda correspondencia con un comentario del narrador que se encuentra en el capítulo XXIV de la segunda parte: “El era algo curioso y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas” (1999: 832). Este “objeto del deseo” lo lleva a decidir un cambio en su itinerario con tal de escuchar las “maravillas” que le ha anunciado el hombre de las lanzas. Y la expectación ante las mismas “maravillas” es la que lo lleva a ayudar a ese hombre a realizar humildes tareas de caballero. Las tres citas trazan pues un eje que se refiere a la inquietud por conocer, pero no solo a través de los libros sino también de experiencias más directas. Algo, que según puede deducirse del retra-

to inicial y de las referencias al reducido mundo de su aldea, el personaje no había tenido muchas oportunidades de hacer en sus cincuenta años de vida.

Se pueden formular a esta altura dos conclusiones parciales. La primera es que si tomamos en cuenta todos los ejes que propongo recorrer, el conjunto de capítulos que se interrelaciona de diversas maneras abarca desde el XX –donde comienza el episodio de las bodas de Camacho–, hasta el XXIX –que relata la aventura del barco encantado–. La segunda es que tales interrelaciones confluyen en un hecho de suma relevancia. Si bien Don Quijote sigue padeciendo alucinaciones y actuando en consecuencia, se encuentra en mejores condiciones para no quedar prisionero de ellas. Hay una “mejora” que se pone de manifiesto en la recuperación de aspectos de su vida pasada –poder actuar como un hidalgo rural y no estar permanentemente autoidealizándose–, en la adquisición de cierta dosis de paciencia, en un acercamiento a problemas reales y concretos como el del dinero y en un reflorecimiento de aspectos propios de su personalidad como la inquietud por saber.

Pero además, tal “mejora” implica a mi juicio, que Don Quijote ya no es el mismo que fue antes de enloquecer. Aquel hidalgo con una vida cercenada por las estrecheces económicas y la rutina pueblerina que pudo caer seducido por sueños de omnipotencia, ahora es capaz de afirmar después de la aventura del barco encantado: “Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias una de otras. Yo no puedo más” (1999: 874). Y este mismo Don Quijote, capaz de entender por fin la complejidad inabarcable del mundo, es también capaz de conquistar un verdadero triunfo a partir de ciertos rasgos distintivos de su personalidad. Si no consiguió el segundo fue precisamente, porque en un mundo donde todo es “máquinas y trazas, contrarias unas de otras”, el escudero que otras veces aconsejaba a su amo “que mirase bien lo que hacía” no supo darse cuenta de que era necesario callar.

La aparición de los duques imprime un nuevo rumbo al proceso narrativo, de modo que comenzaré a desarrollar la interpretación que propongo respecto a la unidad de los nueve capítulos examinados.

En otra oportunidad he analizado la construcción del personaje del hidalgo y he concluido que su personalidad y su historia suman una serie de anhelos insatisfechos que pesarían en su decisión de lanzarse a los caminos tanto como la enajenación provocada por las novelas de caballerías (Carrizo Rueda, 2004-2005).

Y partiendo de que tales afanes pueden sintetizarse en una necesidad imposterizable de romper con las limitaciones materiales y espirituales de su vida aldeana, infiero que si puede percibirse una “mejora” del protagonista conjugada con una “maduración” a través de tan diversas andanzas, es porque en su construcción ha intervenido la antigua tradición del viaje como experiencia sapiencial.

Un testimonio de dicha tradición presente en el *Libro de Apolonio*, reúne ciertos elementos que resultan funcionales para rastrearla a su vez en el *Quijote*. En el diálogo con el pescador, Apolonio de Tiro evoca su vida pasada y recuerda que lo acosaba una inquietud: “teníame por torpe e por menoscabado/ porque por

muchas tierras non había andado (125 cd)⁸. Pero el rey está ahora arrepentido: “Furtem’ de mis parientes, fize muy gran locura” (127a). Sin embargo, la respuesta del pescador corrige su perspectiva.

Los que las aventuras quisieron ensayar,
a las vezes perder, a las vezes ganar,
por muchos de trabajos hobieron de pasar,
quequier que les avenga, hanlo de endurar

Nunca sabrién los homnes que’ eran aventuras
si non probassen pérdidas o muchas majaduras
cuando han passado por muelles e por duras
después s’ tornan maestros e cren las escipturas(135-136)⁹.

El viaje aparece a través de esta argumentación como necesario para la formación de la personalidad del rey, pero no en el sentido que él creía en cuanto a sumar más conocimientos, sino como experiencia insoslayable para acercarse a la complejidad y los enigmas del mundo.

Entiendo que puede trazarse un paralelo entre Don Quijote y Apolonio. Ambos se lanzan a recorrer el mundo porque además de otras inquietudes, los “fatigaban deseos de saber cosas nuevas”. Ambos parecen cometer una “gran locura” al alejarse de sus parientes. Sin embargo, aquellos viajes, más allá de las opiniones y deseos de los demás y aún de sus propios protagonistas, terminan convirtiéndose en fuentes de un saber que no se encuentra en los libros sino en la interacción con las más diversas gentes y con un orden o desorden de las cosas que unos llaman azar y otros, designios providenciales.

Ya se han mencionado las propuestas de Redondo (1981) en cuanto a considerar el descenso a la cueva de Montesinos como viaje iniciático y las consecuencias que extrae Piskunova respecto a los cambios en la personalidad del hidalgo. También Rodríguez González recoge esta posibilidad (1983: 69) y considera que las tres salidas configuran “un viaje circular de carácter mítico tratando de instalar en el mundo la perfección de los orígenes, la edad de oro de una época añorada, ideal, dichosa, un paraíso perdido en el cual la felicidad está al alcance de la mano[...].” (1983: 55).

Considero que la categoría de “viaje sapiencial” no contradice las de “viaje iniciático” o “mítico” sino que las incluye. Como señala Haro: “La esencia del viaje sapiencial conecta evidentemente, con el trayecto iniciático que suele seguir este modelo: una separación del mundo, la penetración a alguna fuente de poder, y un regreso a la vida para vivirla con más sentido” (1993: 59)¹⁰. Pero el viaje iniciático –presente por otra parte en los hipotextos caballerescos que transforma Cervantes– responde a pautas mucho más estructuradas. Estas resultan aplicables al

⁸ Utilizo la edición de Alvar (1991).

⁹ En este texto como en otros de la clerecía, se plantea el debate que llega hasta el Renacimiento acerca de la utilidad del viaje como criterio para legitimizar su realización (Carrizo Rueda 1997: 68-78 y 1999).

¹⁰ La estudiosa remite a su vez a Campbell (1972: 39-40).

descenso a la cueva de Montesinos y a reverberaciones de este episodio que se difunden por el discurso ¹¹. Otro tanto puede decirse del viaje hacia los orígenes míticos. En cambio, la tradición del viaje sapiencial presenta una variedad y elasticidad formales mucho mayor, como lo demuestran los diversos ejemplos examinados por Haro en el citado estudio.

Un análisis detenido de sus ecos en el *Quijote* excede la extensión de este trabajo. Pero considero necesario señalar un aspecto que se encuentra en textos de la prosa didáctica medieval y que guarda relaciones con las palabras del pescador en el *Apolonio*. Se trata de la significación que asumen los hechos vividos a lo largo de un itinerario en cuanto fuentes de enseñanzas relativas a los hombres y al mundo, y que resultan así tanto o más relevantes que los propósitos del viaje en sí. Es lo que ocurre por ejemplo, en la anécdota de “El religioso robado”, que se ubica en el capítulo III del *Calila e Dimna* y en las dos salidas del príncipe en *Barlaam e Josafat*. En estos y en otros textos, se destaca “un alegato legitimador del poder del saber tanto intelectual como ético-moral, en la vida del hombre y en la futura consecución del bien perdurable” (Haro, 1993: 61).

El hidalgo manchego no puede desarrollar al volver a casa, una existencia acorde con el aprendizaje adquirido –como el rey de Tiro por ejemplo– porque fallece pronto. Sin embargo, hay que subrayar que, como dice el proverbio castellano, tiene “poco mal y buena muerte”, rodeado de todos sus afectos y dejando arreglados tanto los asuntos terrenales como los espirituales.

En otra oportunidad, he concluido que las diversas alternativas de los itinerarios del *Quijote* y las variadas perspectivas desde las que se presentan, hacen que en la novela se entrecrucen distintos tipos de discurso sobre el viaje. Los contrastes entre ellos operan como uno de los resortes más efectivos de la plurivocidad del texto (Carrizo Rueda 2004-2005). Como resultado del análisis que antecede, considero que hay que agregar una nueva categoría a las que señalaba en el trabajo citado, porque las cuatro acciones enumeradas por el aforismo del capítulo XXV –“leer, andar, ver y saber”– recogen una tradición sapiencial que no podía estar ausente de las escrituras del viaje en el universo cervantino.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, Manuel, ed. intr. y notas, *Libro de Apolonio*, Barcelona, Planeta, 1991.
- CACHO BLECUA, Juan M., “La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites”, *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, ed. de P. M. Piñero Ramírez. Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 99-127, 1995.
- CARRIZO RUEDA, Sofía M., *Poética del relato de viajes*, Kassel, Reichenberger, 1997.
- , “El viaje ¿necesidad o locura? Una polémica que desborda los marcos medievales”, *Studia Hispanica Medievalia IV*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 48-64, 1999.

¹¹ Imposible citar la nutrida bibliografía relativa a los aspectos formales del viaje iniciático. Véanse por ejemplo, una serie de rasgos estructuradores en Popeanga(1991) y Cacho Blecua(1995).

- , “Construcción del personaje y entrecruzamiento de discursos en el *Quijote* desde una poética del relato de viajes”; *LETRAS*, No. extraordinario: *Libros de caballerías. El Quijote. Investigaciones y relaciones*, Carrizo Rueda, S. M., Lucía Megías, J. M., coords., N°50-51, julio 2004-junio 2005.
- HARO, Marta, “El viaje sapiencial en la prosa didáctica castellana de la Edad Media”, *Actas del primer Congreso Anglo-Hispano*, t. II, Literatura, ed., Deyermond, A.-Penny, R., Castalia, Madrid, pp. 59-72, 1993.
- POPEANGA, Eugenia, “El viaje iniciático. Las peregrinaciones, itinerarios, guías y relatos”, *Los libros de viajes en el mundo románico*, Anejo I de la *Revista de Filología Románica*, ed. Complutense, pp. 27-37, 1991.
- REDONDO, Agustín, “El proceso iniciático en el episodio de la cueva de Montesinos”, *Iberorromania*, XIII, pp. 45-61, 1981.
- RICO, Francisco, director, Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición del Instituto Cervantes, Barcelona, Crítica, 1999.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Angel, “El viaje mítico en el *Quijote*”, *Taller de Letras*, 11, pp. 51-74, 1983.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio, “Cervantes, D. Quijote y la novela moderna”, *Anthropos, Cervantes*, pp. 49-53, 1989.
- UNAMUNO, Miguel de, *Vida de D. Quijote y Sancho*, Madrid, Espasa-Calpe, 17a. edición, 1971.